

SEBASTIAN ALONSO GÓMEZ

La prueba

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

Al distinguido actor, Angel Aguilar: recuerdo de su afmo. -

[illegible]

LA PRUEBA

LA PRUEBA

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

SEBASTIAN ALONSO GÓMEZ

Estrenado en el TEATRO LARA el 2 de Diciembre de 1907

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1907

A MI EXCELENTE AMIGO

Antonio Harriero López

en testimonio de verdadero afecto
y cariño

Sebastián.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Srta. Domus.
LUCÍA	Suárez.
PETRA	Sra. Beltrán.
ERNESTO	Sr. Puga.
CARLOS	Pacheco.

La acción en Madrid.—Epoca actual

indicaciones del lado del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete moderno, amueblado con elegancia. A la derecha, primer término, balcón; en segundo, mesita escritorio de señora. Puerta al fondo y lateral izquierda. Otra mesita á este lado con varios periódicos. Aparatos de luz eléctrica. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

PETRA, asomada al balcón con un plumero en la mano como de estar ocupada en la limpieza del gabinete, habla con el novio que figura habitar en el piso de enfrente Durante la escena aparece intranquila, temerosa de ser sorprendida por la señora. Es una muchacha alegre y coquetuela

(Haciendo una pausa cada vez que habla, como escuchando la contestación.) Conténtate con el ratito de los domingos.—¿Pero tú quieres que me echen de esta casa?—¿Servir yo ahí, donde hay tantos estudiantes? Cualquier día.—Una paisana mía está hace dos semanas en una de la calle de la Montera y hay que ver cómo tiene los brazos la pobrecilla.—De que no pasa uno por su lado que no la dé un pellizco.—¿A mí? (Separándose bruscamente del balcón, creyendo haber sentido entrar á la señorita, sacudiendo azarada con el plumero los muebles que están más cerca, y cantando para disimular, el tango de «Las estrellas».)

Nada de particular ..

(Volviendo al balcón al ver que no ha entrado nadie.) ¡Qué susto!... De esta enfermo del corazón. Ayer me dijo la señorita que parecía un visillo, siempre pegada al cristal —Te he dicho que no, y no.—¡Pero, qué caprichoso eres!—¿De veras?... (Retirándose nuevamente sacudiendo el polvo y cantando como antes.)

Y tú me vas á matar...

(Volviendo al balcón.) Cuando yo te digo que enfermo del corazón... ¡Cuándo será eso!... ¡Para siempre, para siempre!... ¡Solitos, solitos!... (Al volver la cara y ver á Carlos que aparece por la puerta de la izquierda, queda sorprendida, sin movimiento, cantando con iguales angustias que la protagonista de la zarzuela.)

¡Ay, que me voy á morir!...

ESCENA II

PETRA y CARLOS

CARLOS (Al notar la sorpresa de Petra.) Lo que vas es á coger un catarro asomada al balcón.

PET. (Sin saber qué decir.) Lo tenía abierto para que saliera el polvo. (Sacudiendo el cortinaje y haciendo señas al novio.)

Retírate, por Dios, Pepito...

CRLOS Sí; dile que se retire, pero sin música... Y cierra, que hace frío.

PET. (Cerrando el balcón.) Si ya iba á cerrar...

CARLOS ¿Pero cuándo estudia ese estudiante?

PET. ¡Ay, no lo sé, señorito!

CARLOS Vaya por Dios.

PET. ¿Manda algo el señorito?

CARLOS Nada. (Petra hace mutis por el fondo.)

ESCENA III

CARLOS, á poco CARMEN

CARLOS (Cogiendo un periódico de la mesa.) Vamos á ver lo que dice la prensa. (Ojeando el periódico.)

CAR. (Por la izquierda, al ver á Carlos entretenido, acercándose de puntillas y tapándole los ojos con las manos.)

CARLOS (Conociendo quién es, pero disimulando.) ¿Quién es?... ¡Vaya con la bromita!... (Cogiéndole las manos y acariciándoselas como para adivinar quién pueda ser.) ¿A ver, á ver?... ¡Yo conozco estas manos!... ¡Ah, sí!... ¡las de mi tía Jacinta!...

CAR. (Separándose de él y enseñándolas con enojosa mimosería.) ¡Tonto!... ¿Son así las de tu tía?...

CARLOS (Acariciándoselas.) Ni tan suaves, ni tan blancas, ni tan bonitas.

CAR. ¡Entonces!...

CARLOS (Cariñoso.) Para no privarte del placer que había de producirte el engaño.

CAR. Conque no me engañes algún día...

CARLOS Ya lo hago; porque te digo que te quiero y es mentira. Te quiero más de lo que te digo.

CAR. No tanto como yo á tí.

CARLOS Acaso un poquito más.

CAR. (Fijándose con sorpresa en el traje.) Pero, oye: ¿qué es eso?... ¿Estás en plan de salir?

CARLOS Ya sabes que tengo que ir á esperar á mi amigo Ernesto y después quiero llegarme á la Audiencia y á casa del procurador para saber si le han admitido el escrito que le mandé ayer, ya fuera de plazo.

CAR. ¿Y qué voy á hacer yo aquí sola tanto tiempo?

CARLOS Leer, tocar el piano, dedicarte á tus labores...

CAR Aburrirme como una tonta.

CARLOS (Cariñoso.) Considera que nos hemos casado hace dos meses y todavía apenas si he puesto sólo el pie en la calle.

CAR. ¡Cualquiera que te oiga pensará que ya te has cansado de mí!

CARLOS ¡Por Dios, Carmelita!...

CAR. (Mimosa.) Pues para yo creerlo concédeme el favor de no salir hoy.

CARLOS Pero, hija, considera que debo dedicarme á mis asuntos; pensar en nuestro porvenir... ¡y quién sabe si en el de alguien más!

CAR. (Ruborizándose.) ¿Ya vas á empezar con tus bromas?

CARLOS ¡Una broma que acaso pronto resulte verdad!

CAR. ¡Qué más quisieras tú!

CARLOS ¡Pues no que tú!...

CAR. Anda, y no seas tonto, Carlitos.

ESCENA IV.

DICHOS y PETRA

PET. (A la puerta del fondo.) ¿Se puede?

CARLOS ¿Qué quieres?

PET Decirle al señorito que es la hora del tren.

CARLOS Ya se me olvidaba. Tráeme el sombrero, el bastón y el gabán. (Petra sale y á poco vuelve con lo pedido.) Esto sí que no puedo dejarlo para mañana.

CAR. Ya podía ese antipático de Ernesto haber retrasado el viaje.

CARLOS Mujer, se trata de un amigo de la niñez, de un compañero de estudios.

CAR. (A Petra, que ha entrado y se dispone á ponerle el gabán á Carlos, quitándoselo y haciéndolo ella. Petra hace mutis.) Deja. Mira que no vayas á entretenerte mucho.

CARLOS En cuanto lo deje en el hotel ya estoy aquí. ¡Qué ganas tengo de abrazarlo! Ya verás qué simpático es.

CAR. Y si quiere que le acompañes, le dices que estás ocupadísimo.

CARLOS (Riendo.) Sí... que mi mujer no quiere que me separe un momento de su lado.

CAR. Por mi parte se lo puedes decir.

CARLOS (Disponiéndose á salir.) Descuida, que no tardo. Adiós.

CAR. (Acompañándolo hasta la puerta.) Que me quedo solita esperándote.

CARLOS En seguida estoy aquí. (Mutis.)

ESCENA V

CARMEN; luego LUCÍA

CAR. Y ya estoy nerviosa hasta que vuelva. ¡Hay tantas mujeres peligrosas en este Madrid! La verdad que los hombres casados no debían tener ocupaciones fuera de sus casas... ¿Habrá salido?... Voy á verlo. (Abriendo el balcón y asomándose.) Sí... ya sale... (Siseándole.) ¡Chiss!... ¡Adiós!... Súbete el cuello del gabán que hace frío.—Cuando vuelvas la esquina.—Adiós. (Cerrando el balcón y sentándose junto á la mesita de la derecha.) ¿Qué haría yo para desechar esta preocupación constante, para tener la seguridad que Carlos no ha de engañarme nunca como engañan á sus mujeres casi todos los maridos?...

LUC. (Dentro, hablando con la criada.) No es preciso: soy de confianza.

CAR. ¿Quién será?

LUC. (A la puerta.) ¿Se puede?

CAR. (Corriendo á abrazarla con cariño.) ¡Lucía!

LUC. (Lo mismo: besándola.) ¡Carmencita!.. Pero deja que te vea, muchacha... digo, ¡señora casada!... ¡Qué bien estás!... Se conoce que te ha sentado bien el matrimonio.

CAR. Como no puedes tener idea.

LUC. ¡Olvidas que también he sido casada?... Pero cuéntame...

CAR. (Sentándose junto á ella cerca de la mesa de la izquierda.) ¡Gracias á Dios que te veo!

LUC. Hace tres días he llegado á Madrid. ¡Qué temporadita en Andalucía! No quiero recordarla... Figúrate: con la familia de mi marido... ¡He salido á doscientos suspiros por día!... Así me he quedado.

CAR. ¡Ah!... Estás muy bien.

LUC. Supongo recibirías mi carta.

CAR. Y el regalo de boda, que te agradecí tanto como esta visita.

LUC. Pues esta no me la agradezcas. He tomado tu casa por refugio.

CAR. ¿Qué te pasa?

LUC. No te alarmes. Un chico que me viene dando escolta toda la mañana.

CAR. Es natural; eres tan guapa y vas tan elegante...

LUC. Me revientan los éxitos callejeros. Quizá esté ahí esperando. (Dirigiéndose al balcón y asomándose por detrás del visillo.) Voy á ver. ¿No lo dije? Ahí está.

CAR. (Acercándose y mirando.) ¿Es aquel del gabán claro?

LUC. El mismo.

CAR. Parece elegante.

LUC. (Separándose del balcón y volviendo á ocupar con Carmen el asiento de antes.) Extraplano; pero debe ser de los que adelantan mucho.

CAR. ¿Y cómo no le has dicho algo para que no te siguiera?

LUC. Porque para que un hombre insista, no hay más que decirle que se vaya.

CAR. ¿Y tú no has querido decírselo?

LUC. No quiero hacerme ilusiones. Las viudas jóvenes, como yo, somos buques sin bandera á los que sólo persiguen los barcos piratas. ¡Y hay tánto pirata en este Madrid!... Pero dejemos eso, y dime algo. ¿Y tu marido?

CAR. Acaba de ir á la estación á esperar á un amigo.

LUC. Está de Dios que no he de conocerlo.

CAR. Si esperas un rato, lo verás, porque le encargué que viniera en seguida.

LUC. Sí; tenlo sujeto, no te lo vayan á robar.

CAR. Es mi única exigencia: tenerlo siempre á mi lado.

LUC. ¿Tienes celos?

CAR. Celos ó temores: no lo sé.

LUC. (En tono burlón.) ¿Así estamos?

CAR. Tú sabes que Carlos hizo de soltero una vida algo agitada; que tuvo relaciones con una mujer que dejó para casarse conmigo. ¿La habrá olvidado? Estos son mis celos; estas son mis dudas. Y la sospecha de que algún

día pueda encontrársela, hablar con ella, me pone nerviosa, intranquila. Y apenas sale de casa ya me tienes siguiéndole con la imaginación, queriendo adivinar todos sus pasos. Así estaba cuando llegaste.

LUC. ¿Tan poca confianza tienes en él?

CAR. Mucha; pero la confianza no es bastante.

LUC. (Suspirando.) ¡Ay!... cuéntamelo á mí.

CAR. Ya ves el tuyo; tan formal de soltero, sin otro afán que sus estudios, aprender de todo...

LUC. Por eso no salía nunca de Romea. Las coupletistas siempre enseñan algo.

CAR. ¿Y dónde me dejas al marido de Conchita, los escándalos que da con esa Pepona de modelo?

LUC. ¿Pues y Utrilla con la Modernista!

CAR. ¡Y mira que es cursi!

LUC. Cuando va al Retiro tan embutida en su *milord*, asomando aquel hociquito de rata entre la balumba de plumas, gasas, sedas y encajes, parece un caracol; todo lo lleva encima.

CAR. ¿Pero es posible que los hombres olviden con tanta facilidad el amor que juraron á sus mujeres?

LUC. Al amor de los hombres le administran los últimos sacramentos cuando se casan.

CAR. ¿Y todos han de ser lo mismo?

LUC. Hay sus excepciones, y el tuyo puede ser una; vive con esa ilusión sin quieres ser feliz. Para una mujer todo ideal es poco.

CAR. Mi ideal sería tener un medio para probar la fe de Carlos.

LUC. Vamos, que hubiera un tentadero de maridos ¿no?

CAR. Algo así: la verdad, por triste que sea, es preferible á la duda.

LUC. Ahora me recuerdas á una amiga mía, tan enamorada de su novio, que le pidió á su hermana coquetease con él para probar su constancia.

CAR. (Con ansiedad.) ¿Y qué pasó?

LUC. Que se casó la hermana.

CAR. Algo así quisiera yo intentar, para saber si Carlos ha olvidado á aquella mujer.

LUC. Haces mal, Carmen: cuando una mujer acaricia una idea, acaricia un peligro.

CAR. Por mucho que me hiciera sufrir el desengaño no sería tanto como la duda.

LUC. En eso acaso tengas razón.

ESCENA VI

LAS MISMAS. PETRA

PET. (Por el fondo con periódicos y cartas en una bandeja.) El correo, señorita..

CAR. ¿Hay alguna para mí?

PET. Periódicos y dos para el señorito.

CAR. Déjalas ahí en la mesa. (Las deja sobre la mesita de la derecha y hace mutis. (De pie; con no poco misterio.) Vamos á ver, Lucía: ¿serías tú capaz de hacer un favor muygrande por mí?

LUC. (Incorporándose con marcada expresión de asombro.) ¡Supongo que no irás á pedirme que enamore á tu marido!

CAR. No tanto, mujer. Pero puedes ayudarme.

LUC. ¿A qué?

CAR. A salir de esta duda que tanto me martiriza.

LUC. Si está en mi mano, no lo dudes.

CAR. Es una idea que se me ha ocurrido.

LUC. Veamos.

CAR. Escribirle una carta dándole una cita. Como él no te conoce, tú vas, se acerca, habla contigo; tú me lo cuentas luego...

LUC. ¡Pero, Carmen; tú no sabes lo que estás diciendo!... Lo que me pides es un imposible... ¡Qué concepto formaría Carlos de mí!

CAR. El de saber que eres mi mejor amiga.

LUC. Y la mayor enemiga suya. Vamos, Carmen, que no estás buena de la cabeza!

CAR. No te negaría yo tal favor, sabiendo que de él podía depender tu felicidad.

LUC. Si supiera que había de proporcionártela, con el alma y la vida.

CAR. No lo dudes. Figúrate que va. Su proceder me daría motivo para increparlo, afear su conducta, acaso para curarlo en salud. Si no va...

LUC. Lo pones en un altar y lo colocas en el mejor sitio de la casa. Yo vendré á rezarle.

CAR. ¿Te burlas?

LUC. Burlarme de tí, de mi mejor amiga...

CAR. Por eso te pido este favor, este sacrificio.

LUC. ¿Pero tú lo has pensado bien?

CAR. Y te aseguro que es el único medio para lograr la tranquilidad de toda mi vida.

LUC. Concluirás por convencerme.

CAR. (Besándola.) Porque eres muy buena y ves que esto no es una locura. (De pie, abrazándola, y llevándosela con grande zalamería hasta la mesa escritorio á la que la hace sentar para que escriba.) Anda, ven... Vamos á escribirle antes que vuelva. En último caso, será una broma, un medio que se nos ha ocurrido para hacerle tu presentación.

LUC. (Sentándose.) Lo que no se le ocurre á una mujer celosa...

CAR. (Impaciente, dándole el papel.) Te deberé mi felicidad. Anda, escribe.

LUC. (Disponiéndose á hacerlo.) Conste que accedo á tus súplicas y que no respondo de las consecuencias.

CAR. Bueno, anda. (Dictándole.) «Amigo Carlos: Una antigua conocida desea hablarte hoy, á las doce en punto, á la entrada del paseo Colón. Iré, para que no me confundas, vestida de negro y boa gris. Que no faltes. X.» ¿Qué te parece?

LUC. Que ya me va interesando la aventura.

CAR. Verás lo que nos vamos á reir. Toma, pon el sobre. Sr. D. Carlos Reinosa. Calle y número. ¿Qué te parece?

LUC. (Acabando de escribir.) Que ya me va interesando la aventura.

CAR. (Cerrando la carta y dejándola con las otras.) La dejaremos aquí. Y ahora á convenir nuestro plan..

LUC. (Al oir sonar el timbre, algo alarmada.) Me parece que han llamado.

CAR. (Intranquila.) Será él. Vamos á mi gabinete para que no te vea. Tú podrás salir por la escalera de la servidumbre.

LUC. (Haciendo mútis hacia el gabinete conducida por Carmen.) ¿Qué resultará de esta aventura?

CAR. Que nos vamos á reir mucho.

ESCENA VII

CARLOS y ERNESTO

ERN. (Por el fondo, con Carlos, que vuelve la cara para ver á la criada que se supone queda en el pasillo.) De primera, chico, de primera,.. Esa criada es un peligro.

CARLOS ¡Vamos, no seas majadero!

ERN. No diré que sea inminente; pero en cuanto comience á menguar la luna de miel, no sales de la cocina.

CARLOS Anda, no seas tonto, siéntate y calla. (Lo hacen á la derecha.) ¿Quieres fumar?

ERN. Conforme. (Aceptando el cigarro que le ofrece.)

CARLOS ¿Y qué te trae por Madrid?

ERN. Presentar un pliego para una subasta del Estado, y si consigo quedarme con ella, te aseguro que obtendré pingües ganancias.

CARLOS ¿Y el plazo de admisión?

ERN. Hoy, á las dos de la tarde.

CARLOS Y aun no son las doce. Antes quiero que conozcas á mi mujer, que no tardará en salir, y mientras disponen el almuerzo te llegas á presentarlo. ¡Vaya, vaya con Ernesto! Estás como cuando éramos estudiantes.

ERN. Como sigo soltero no tengo cavilaciones, ni quien me dé disgustos.

CARLOS ¿Te acuerdas de nuestro cuartito en la Corredera Baja?

ERN. ¡Qué tiempos aquellos!

CARLOS Que pasaron para no volver.

ERN. Para mí sí. Cuando quiero retrotraerlos, hago una escapatoria á Madrid y... ¡arza Pepa!... Estudiante del cuarto año de Derecho.

CARLOS Pero te darán calabazas.

ERN. ¡Ca, hombre!... Todavía apruebo mis asignaturas.

CARLOS ¿Tú?

ERN. Y si me quedo con la subasta soy capaz de hacer la reválida.

CARLOS Ilusiones.

ERN. Para mí no pasan los años. Soy yo el que pasa por ellos. ¿Y á tí, cómo te va?

CARLOS Muy bien. Sabrás que murió mi pobre tío, á quien heredé...

ERN. Hombre, ¿pobre y lo heradaste?

CARLOS Digo pobre, porque murió. Acabé mi carrera, me casé... y aquí me tienes hecho un hombre feliz.

ERN. Te felicito y me alegro, chico.

CARLOS Y á tí, ¿cómo te va en el pueblo? Aquello será aburrido.

ERN. Como todos los pueblos. Para no morir de tédio hay que filiarse á uno de estos dos bandos; el del casorio, ó el de la política.

CARLOS ¿Y tú que has hecho?

ERN. Unirme.

CARLOS ¿A quién?

ERN. Al cura y al boticario... y tresillo perpetuo. Lo creí preferible. Ahora bien: el día que encuentre á la mujer soñada, abandono el tresillo.

CARLOS Los días deben ser espantosos.

ERN. Son más tristes las noches. Aunque también tenemos nuestras reuniones.

CARLOS Divertidas reuniones serán.

ERN. Magníficas. En casa del registrador, se hace música, se leen poesías; en casa del boticario, se cantan los *couplets* más en boga de todas las revistas; las muchachas dicen *sipi... nopi...* los muchachos requiebran diciendo: *¡vaya caló!... ¡vaya cardo!...* Imitamos á Madrid en todo.

CARLOS ¿Lo imitais, ó lo parodiais?

ERN. Como ustedes á París.

CARLOS Pues tú debes ya ir pensando en algo serio, porque vas entrando en esa edad peligrosa en que el desastre amenaza.

ERN. Y pienso... pero como se piensa en algo que no llega nunca. Y mejor que no llegue, porque entonces se toca la realidad y á su contacto nace otra ilusión, y en mí nace una ilusión en cada mujer que veo.

CARLOS Eres el enamorado de siempre.

ERN. En cuanto veo una cara bonita, soy hombre al agua. Y, á propósito de agua, ¿quieres decirle á la criadita que me traiga un vaso?

CARLOS (Tocando el timbre que habrá sobre la mesa.) En seguida.

ERN. Así refrescaré la vista y la garganta.

CARLOS Supongo no irás á decirle..

ERN. ¡Te quieres callar! ¡Ni una palabra!

ESCENA VIII

DICHOS y PETRA

PET. (Por el fondo.) ¿Llamaba el señorito?

CARLOS Sí; trae un vaso con agua. (Petra hace mutis y vuelve á poco.)

ERN. (De pie siguiéndola con la mirada.) Pero, ¿de dónde has sacado esa majadería, Carlillos?

CARLOS Si no tiene nada de guapa.

ERN. ¿Que no?... Se conoce que tú no te has fijado. (Petra aparece con una bandeja y dos vasos.)

CARLOS Aquí: á este señor.

ERN. (Mirando á Petra con ojos de enamorado, haciendo elogios del agua, pero dirigiéndoselos picarescamente á Petra.) ¿La ves?... ¡Mira qué hermosa!... Lo mejor que Dios echó al mundo.

CARLOS (Comprendiendo la indirecta, con algo de sobresalto por temor á que entre su mujer.) Sí, ánda: bebe.

ERN. (Después de beber un poco.) ¡Riquísima!... ¡Qué fresca y qué hermosa está!... ¡Qué gusto llevársela á los labios!

CARLOS ¡Qué pesado eres!

ERN. (Dejando el vaso en la bandeja.) Si estuviera aquí el alcalde de mi pueblo, ya estaría haciéndole á esta cosquillas. Es la broma que le da á todas las muchachas que llevan una bandeja en las manos.

CARLOS Vaya una gracia: para que las tiren.

ERN. Ahí está la gracia; que no la tira ninguna. (A Petra, muy significativo.) ¿La tirarías tú si yo te hiciera cosquillas?

PET. Según dónde: aquí no, porque se mojaría la alfombra.

ERN. (Riendo.) ¿Lo ves?

CARLOS (Nervioso.) Bueno; puedes marcharte, Petra.

PET. (Haciendo mutis.) ¡Valiente peine está este señorito!

ESCENA IX

CARLOS y ERNESTO

CARLOS ¡Pero, hombre, por Dios!... ¡Si se entera mi mujer!

ERN. ¿Es celosa?

CARLOS Como un turco.

ERN. Pues ya tienes lo que te hace falta.

CARLOS Vete al diablo... (Acercándose á la mesa, cogiendo las cartas y rompiendo el sobre de una que lee.) Con tu permiso.

ERN. Eres muy dueño. (Paseando por la habitación y observando los muebles.) En esto sí que te envidio. Cómo se nota en todos los detalles la primorosa mano de la mujer... Mi casa quisiera que la vieras; parece una leonera.

CARLOS (Sin darse cuenta de lo que lee.) ¿Quién habrá traído esta carta? ¡Cosa más rara!

ERN. ¿Qué es eso? ¿Alguna mala noticia?

CARLOS Nada: que no la entiendo.

ERN. ¿Qué es ello?

CARLOS Toma: lee.

ERN. (Leyendo con el natural asombro.) «Una antigua conocida... á las doce en punto, á la entrada del paseo Colón...» ¿Aquí cerca, no?

CARLOS Sí, ahí á la vuelta.

ERN. (Leyendo.) «Vestida de negro, con boa gris...» (Con acento de admiración y envidia.) ¡Chico, tienes la primer suerte!... ¿Quién es esta mujer?

CARLOS (Sin salir de su sorpresa.) No sé.
ERN. Mentira.
CARLOS Te lo juro.
ERN. ¿Y qué piensas hacer?
CARLOS Lo primero romper esa carta.
ERN. (Retirándola para que no lo haga.) Y acudir á la cita.
CARLOS ¿Estás en tu juicio?
ERN. ¿Y tendrás valor de desairar á una mujer tan guapa?
CARLOS ¿Y tú cómo lo sabes?
ERN. Por la letra... No hay más que ver esta cursiva.
CARLOS Eso debe ser una equivocación... alguna broma. ¡Quién sabe!
ERN. Ojalá me dieran á mí todos los días una broma de este género.
CARLOS ¿Pero quién podrá ser?.. ¡Vaya un compromiso!
ERN. ¿Quieres salir de dudas?
CARLOS ¿Cómo?
ERN. Dejando que yo vaya. Si es un compromiso, te libro de él; si es lo que yo creo... me examino de reválida.
CARLOS No me parece mal. Así, la que me ha escrito, verá que me burlo de ella y no volverá á enviarme otra cartita.
ERN. (Lleno de regocijo.) Pues no hay tiempo que perder. (Nervioso, agitado, hablando con ligereza.) La cita es (Viendo la carta.) á las doce; y son (Sacando el reloj.) las doce menos siete... (Mirando otra vez la carta.) «Vestida de negro, boa gris...» ¡Soy el tío de la suerte!... Apenas llego á Madrid, una conquista. Hasta luego. (Corre hacia el fondo.)
CARLOS ¿Pero no vienes á almorzar?
ERN. (Volviendo.) Chico, discúlpame con tu mujer... Lo primero es lo primero. (Haciendo medio mutis y volviendo.) ¡Ah!... ya que yo voy á hacerte tan señaladísimo favor, es preciso que me correspondas llevando este pliego para la subasta... (Sacando un pliego y dándoselo.) A lo mejor se complica la cosa...
CARLOS Está bien.

ERN. Que el plazo vence á las dos... ¡Por Dios, Carlos!...

CARLOS Descuida.

ERN. (Que ha corrido hacia el fondo, volviendo otra vez, hablando con misterio.) ¡Ah!... si quieres tomar café con nosotros... en los altos de Fornos... ya sabes. Y que no olvides que dejo mi fortuna en tus manos... La felicidad me espera en la calle. *Corro in cerca di felichitá.* (Corriendo hacia el fondo por donde hace mutis.) ¡A que voy á llegar tarde!

ESCENA X

CARLOS, luego CARMEN

CARLOS (A la puerta, despidiéndolo.) Adiós, cabeza de chorlito... ¡Pero, quién me habrá escrito esa carta!... ¿Habrá sido Clotilde?... Ni es su letra ni se atrevería á una cosa semejante. No quiero pensar si mi mujer entra y la ve. Me alegro que haya ido Ernesto. Así aclararé el misterio... Y como haya sido una bromita, ¡yo juro!...

CAR. (Por la izquierda.) ¿Cómo no hasme avisado que estabas aquí?

CARLOS Creí que estarías arreglándote.

CAR. (Fijándose en las cartas que están sobre la mesa.) (Ya la leyó.)

CARLOS Además, llegué con mi amigo Ernesto, que almorzará con nosotros...

CAR. (Está intranquilo.)

CARLOS (Nervioso, sin saber como decirle á Carmen que tiene que salir.) Es decir, almorzará si acaba á tiempo un asuntillo que ha ido á ventilar.

CAR. ¿Luego no es seguro que venga?

CARLOS Creo que sí; porque donde ha ido, lo despacharán en seguida.

CAR. (Con honda satisfacción.) (¡Qué plantón se va á llevar Lucía!)

CARLOS Así que puedes decir pongan otro cubierto, mientras yo voy un momento...

CAR. (Como si se le hubiera caído la casa encima: anona-

dada; haciendo esfuerzos por ocultar su turbación.) Pero, ¿vas á salir?

CARLOS Un momento. Llevar este pliego que me ha dejado Ernesto para una subasta...

CAR (Nerviosa, esforzándose más por disimular.) (¡Será embustero!)

CARLOS (Al notar el estado de Carmen, solícito y cariñoso.) Pero, ¿qué te pasa?

CAR. (Haciendo trizas el pañuelo.) ¡Nada!... ¡nada!... que como digiste que no ibas á salir...

CARLOS Verdad: pero que quieres: á lo mejor surge algo imprevisto.

CAR. ¿Y es tan urgente, que no puedes dejarlo para mañana?

CARLOS (Con naturalidad, pero extraño á la actitud de Carmen.) Imposible; es cuestión de oportunidad.

CAR. (Con ironía.) ¿Y tú no quieres perderla?

CARLOS Pero, Carmen, ¿qué te sucede? Nunca te he visto así.

CAR. (Negando con su actitud lo que dice.) ¡Si estoy tranquila!... ¿Lo ves? ¡muy tranquila!

CARLOS Vamos, no seas niña: es preciso que te vayas poniendo en la realidad de la vida...

CAR. (Sintiendo la mortificación de las palabras de Carlos.) ¡Sí .. si ya me voy poniendo en esa realidad que tú dices!

CARLOS (Cada vez más cariñoso y complaciente.) Y que sepas que tengo deberes que cumplir fuera de mi casa.

CAR. ¡Sí .. si ya lo estoy viendo!

CARLOS ¿Lo ves?... Estas son las consecuencias de los mimos que te he dado, de mi excesiva complacencia contigo.

CAR. Y ya te has cansado de esas complacencias, ¿no?

CARLOS ¡Por Dios, Carmen!... Lo que quiero es que comprendas que esta salida mía, no puede ser más natural.

CAR. (Como si le desgarrasen el alma.) Conque natural, ¿eh?

CARLOS Ni tanto. (¡Qué disgusto por causa del dichoso Ernesto!) No voy á estar siempre cosido á tu falda; yo tengo que entrar, que salir... que hacer lo que hacen todos los hombres.

CAR. ¡Es que yo creía que tú eras una excepción!

CARLOS Pues no lo soy... (¡Y cómo dejo de llevar estos documentos!) Pero, ¿vas á llorar?... ¡Vamos, no seas niña!... (Acariciándola.)

CAR. (Rechazándolo.) ¡Déjame y vete, ya que tienes tanta necesidad de salir!

CARLOS (Contrariado y adoptando una actitud resuelta.) Será lo mejor; porque las palabras son como las cerezas... y el primer rozamiento es el que se debe evitar.

CAR (Principia á romper en llanto.) Ese es el que yo quería evitar precisamente: el primero.

CARLOS Buen modo tienes de evitarlo. No dejas que te explique...

CAR ¡No quiero oir nada!... ¡no me digas nada! ¡Vete!

CARLOS (Muy decidido hacia el fondo, deteniéndose al llegar á la puerta, mirando á su mujer y dudando si salir.) Pues adiós.

CAR (De espaldas á él: sin mirarlo.) Adiós, que te diviertas mucho

CARLOS (Desde el fondo.) Mira, Carmen.

CAR. (Con interior alegría, pensando en su triunfo.) (No se va.)

CARLOS (Muy cariñoso, en tono suplicante.) Es cuestión de un momento... Presentar este pliego...

CAR. (Desdeñosa.) Pero si no quiero que me des explicaciones...

CARLOS Pues adiós... (Deteniéndose al salir.)

CAR. (Sin mirarlo.) Y puedes tardar cuanto quieras.

CARLOS (Avanzando unos pasos hacia ella.) Oye, Carmen, se trata de una subasta que vence el plazo á las dos.

CAR. (Desdeñosa.) ¿Pero no te he dicho que no quiero saber nada?

CARLOS Pues se acabó. (Saliendo resueltamente.) Hay que tener carácter.

ESCENA XI

CARMEN; luego PETRA

CAR. (Sin mirar, creyendo que está á la puerta.) (Si sabré yo que no se va... ¡Es más bueno!...) Y te

advierto que desde hoy todo ha concluído entre nosotros... ¡Al menos por mí!... Nada, nada... (Como si le hubiese hablado.) ¿Qué?... ¿Qué dices?... (Volviendo la cara hacia la puerta, comprendiendo su error.) ¡Pero!... ¡Se fué!... (Corriendo hacia la puerta, llamándolo angustiada.) ¡Carlos!... ¡Carlos!... (Con desaliento.) ¡Se ha ido!... (Llamando á Petra ciega de coraje.) ¡Petra!... ¡Petra!...

PET. (Por el fondo.) Señorita.

CAR. ¿Y el señor?

PET. Acaba de salir.

CAR. ¿Estás segura?

PET. Ni tan segura... ¿Se sirve el almuerzo?

CAR. (Paseando agitada por la habitación sin saber qué decir.) ¡Sí!... digo no... No sé... ¡Déjame!

PET. (Al verla llorar.) ¿Le pasa algo á la señora?

CAR. ¡Sí!... ¡Digo no!.. ¡No sé!... ¡Que me dejes te he dicho!

PET. (Extraña de su actitud haciendo mutis.) (¡Ay, la señora!...)

CAR. (Con desconsuelo, sentándose en una de las butacas de la derecha.) ¡Y yo que lo creía tan bueno!.. ¡Infame!... ¡más que infame!... ¡Ay qué venda más grande tenía puesta!... ¡Yo no puede vivir en esta casa!... ¡Yo debo escribir á mi mamá contándole lo que pasa para que venga por mí, y me arranque de los brazos de ese libertino!... ¡Sí, ahora mismo!... (Tocando al timbre y llamando.) ¡Petra!... ¡Petra!...

PET. (Por el fondo.) ¿Qué manda la señorita?

CAR. Arréglate en seguida que vas á llevarle una carta á mi mamá.

PET. ¿Quiere la señorita que le traiga una taza de tila?

CAR. (Con mal modo, casi metiéndole las manos por la cara, haciéndola retroceder de miedo.) ¡Lo que quiero es que lleves la carta!... ¡Si quisiera tila, tengo boca para pedirla!

PET. (Saliendo.) ¡Perdone la señorita!

CAR. (Sentándose abatida.) ¡Estoy yo ahora para que me vengan con tila!...

ESCENA XII

CARMEN, LUCÍA. Luego PETRA

LUC. (Por el pasillo riendo á carcajadas y entrando.) ¡Ja, ja, ja! Ya me tienes aquí. ¡Qué escena!... Vengo reventando de risa...

CAR. (Hacia ella, abrazándola y llorando con gran amargura.) ¡Ay, Lucía de mi alma!...

LUC. (Sin comprender.) ¿Pero qué es eso, Carmen?

CAR. ¡Qué desgraciada soy, Lucía!

LUC. (Riendo de nuevo.) ¡Al contrario!... Si vengo á darte la enhorabuena.

CAR. (Con anhelante alegría.) ¿No ha ido, verdad?

LUC. Los hombres no faltan nunca á esta clase de citas.

CAR. (Sentándose con mayor desaliento.) ¿Ves cómo soy muy desgraciada?.. Hoy mismo me voy de esta casa.

LUC. (Sentándose junto á ella.) No digas necedades... Serénate y escúchame.

PET. (Por el fondo como para salir á la calle.) ¿Me da usted la carta, señorita?

CAR. A mi mamá que iba á escribirle...

LUC. ¿Pero estás loca? (A Petra.) Después la llevará: retírese. (Sale Petra.) Pero vamos á ver. ¿No ha sido tu plan probar la fidelidad de Carlos?

CAR. Y ya has visto el resultado.

LUC. El mejor: porque ahora que conoces el mal podrás aplicarle el remedio.

CAR. ¡La separación, Lucía!... ¡No hay otro remedio!

LUC. No seas niña y atiende. Si mañana tuvieras un hijo, ¿lo abandonarías porque cometiese una falta? No: lo que harías sería reprenderlo, imponerle un castigo para que no la volviese á cometer.

CAR. El caso no es el mismo.

LUC. Los hombres son siempre niños, y sus travesuras debemos perdonárselas.

CAR. La que ha cometido Carlos es de las que no se perdonan nunca.

LUC. ¡Pues estaríamos frescas, hija! Además, tu marido es de los que tienen condiciones para hacerse perdonar esta y otras mayores... porque vaya si es simpático... y gracioso... y elegante.

CAR. ¡Como el ángel malo!... Pero para mí ha muerto.

LUC. No seas romántica y escucha... Por su acción de hoy, tienes motivos para decirle cuanto quieras; que es un mal hombre, un calavera...

CAR. ¡Descuida, que le diré cosas!...

LUC. Convendría un ataque de nervios. ¿Tú no sabes fingirlos?

CAR. (Ingenua.) No.

LUC. Es muy fácil: yo te daré una lección. Pues sí: como él no podrá disculparse, te pedirá perdón, te suplicará, te jurará una fidelidad eterna, y cuando lo veas más arrepentido, le dices que esta cita fué una farsa preparada por ti para probar su conducta. De este modo lo dejas en el mayor ridículo, que es lo que más hiere á los hombres; y como el gato escaldado del agua fría huye, ya pueden escribirle dándole citas.

CAR. ¿Y tú crees que así se corregirá?

LUC. Quedas asegurada de infidelidades para toda la vida.

CAR. Acaso tengas razón.

LUC. No lo dudes. (Suena el timbre.)

CAR. Ahí está.

LUC. Vámonos á tu gabinete para que no me vea.

CAR. Sí: vamos.

LUC. Como que sería capaz de pegarme.

CAR. (Con Lucía hacia el gabinete.) ¡Las cosas que le voy á decir!

LUC. No olvides el ataque de nervios... (Haciendo cómicas gesticulaciones y dando algunos gritos como si le empezase el ataque.) Empezarás así. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡Que me da!

CAR. (Riendo.) No me hagas reir.

LUC. (Entrando con Carmen.) Son de gran efecto.

ESCENA XIII

ERNESTO y PETRA

ERN. (Por el fondo, seguido de Petra, á la que dirige miradas incendiarias.) ¿Conque dices que no tardará?

PET. Eso creo.

ERN. Lo esperaré. ¡Vaya una cara bonita! (A Petra que se va.) Oye.

PET. (Volviendo.) ¿Qué manda el señorito?

ERN. (Bajando la voz.) El día que te canses de estar aquí, cuenta con un acomodo en mi casa.

PET. (Burlona.) ¿De doncella?

ERN. No: soy soltero.

PET Por muchos años.

ERN. Y tú que lo veas.

PET Pues ya le avisaré algún día.

ERN. Por más que á tí te gustará más vivir en Madrid.

PET. A mí, no, señor.

ERN. ¿Por qué?

PET. Porque aquí está una siempre muy expuesta.

ERN. ¿Con los hombres?

PET. Con los automóviles... (Haciendo mutis.) Vaya, con su permiso.

ESCENA XIV

ERNESTO; luego LUCÍA

ERN. Adiós, resalada... Menudo apaño me haría una mujer como esa. Por más que para mujer la de la cita. ¡Qué cuerpo, qué cara, qué ojos, qué labios... y qué lástima no haber querido almorzar conmigo! Con una mujer así, abandonaba yo el tresillo. Por más que esa no se va de rositas. En cuanto llegue Carlos, le pregunto dónde vive, me voy á su casa, y en cuanto la vea la digo... (Al mirar hacia la puerta de la izquierda, queda suspenso al

ver aparecer á Lucía; haciéndola un saludo muy reverente, sin atreverse apenas á pronunciar.) ¡Señora!...

LUC. (Creyéndolo el marido de Carmen.) (¡Él; veremos por dónde sale!)

ERN. (Sin salir de su asombro y turbación.) (¡La mujer de Carlos!)

LUC. (Al notar su situación.) (¡Qué cobardes son los hombres!...) (Saludándole.) ¡Caballero!

ERN. ¡Señora!... (¡Qué valor tienen las mujeres!)

LUC. (Decidiéndose á afrontar la cuestión.) Caballero... comprendo su situación, y no me extraña.

ERN. ¡Señora!...

LUC. La mía tampoco deja de ser violenta; pero crea usted que sólo impulsada por un ciego cariño he podido dar este paso.

ERN. Señora.. no comprendo...

LUC. Yo, la verdad, hubiera ido más lejos; pero hay situaciones peligrosas y esta es una de ellas.

ERN. Ni tanto... Pero usted debe tener en cuenta que yo ignoraba...

LUC. Naturalmente; de otro modo no hubiera tenido gracia.

ERN. (Cada vez más confundido.) ¡Ni ahora tampoco se la veo!

LUC. (Riente y algo irónica.) Por eso es necesario que esto tenga su fin natural... lógico...

ERN. (¡Esta señora debe estar loca!...) Lo lógico es que yo salga ahora mismo de esta casa. (Disponiéndose á salir.)

LUC. (Interponiéndose.) ¡Qué está usted diciendo!... Eso sería una cobardía impropia en un hombre como usted. Usted se queda aquí, en su casa... No tenga usted miedo; todo se reduce á que dé usted una disculpa... una explicación.

ERN. Señora... ¡es que yo no sabría!...

LUC. Yo le ayudaré. En estos casos la franqueza es lo mejor.

ERN. (Trastornado, confuso.) ¡Señora, lo que usted pretende es imposible!

LUC. ¿Cómo imposible? ¿No me dijo usted en la calle que lo hiciera feliz? Pues voy á hacerlo.

ERN. ¡Pero, señora!...

LUC. (Cada vez más burlona.) Deme usted su palabra de honor que no ha de moverse de aquí hasta que yo vuelva.

ERN. Perdone usted, pero...

LUC. Nada, nada... ¡Querer marcharse!... ¡Y por una tontería!... Tengo su palabra de honor... Salgo en seguida... (Haciendo mutis, riendo.) ¡Pobrecillo!... qué mal rato está pasando.

ESCENA XV

ERNESTO y CARLOS

ERN ¿Pero dónde me he metido yo? ¿Con quién se ha casado Carlos? ¡Esa señora debe estar loca!... ¿Y cómo le ha escrito esa carta á su marido? Ha debido equivocarla de sobre. Este es un lío muy gordo y yo me voy ahora mismo. (Al llegar á la puerta, tropezando con Carlos que llega.)

CARLOS ¿Dónde vas tan de prisa?

ERN. (Nervioso: sin saber qué decir.) Pues... á la calle.

CARLOS ¡Cómo á la calle!... ¿No almuerzas con nosotros?

ERN. No: venía á decirte que me disculparas con tu mujer... Un compromiso...

CARLOS ¿Con la de la cita?

ERN. ¡Sí... digo, no... con un amigo!

CARLOS Para un amigo soy yo primero. Además te necesito. He tenido un pequeño disgusto con mi mujer.

ERN. ¡No!... yo no puedo... Tengo que ir á presentar el pliego.

CARLOS ¡Pero si acabo yo de entregarlo!... ¡Cómo te ha puesto esa mujer, chico! Cuéntame, cuéntame... ¿Quién era?

ERN. ¡Nadie!... una bromita. Allí estuve esperando, paseo arriba, paseo abajo... y nada. Una bromita.

CARLOS ¿Pero qué te pasa que estás tan nervioso?

ERN. Nada: excitadillo con eso de la subasta...

CARLOS ¡Si estás ardiendo!...

ESCENA XVI

LOS MISMOS, LUCÍA y CARMEN

LUC. (Por la izquierda, llevando á Carmen cogida de la mano, que la sigue ruborizada, sin levantar la vista del suelo.) Anda, no seas niña... Te aseguro que está arrepentido.

CARLOS Mi mujer.

ERN. (¡Tierra, trágame!)

LUC. (Aparte á Carmen.) ¿Ese caballero es el amigo que esperaba?

CAR Sí.

LUC. Entonces es de confianza. (Adelantándose á Ernesto, cogiéndolo de un brazo y acercándolo á Carmen.) Venga usted acá, so enamorado... Abrace usted á Carmen.

CARLOS (Sorprendido, interponiéndose.) ¿Pero qué dice esta señora?

CAR. (Fijándose en el error de su amiga.) ¿Pero qué haces, Lucía?

LUC. (Sin darse cuenta.) ¿No me has dicho que lo perdonabas, que tenías deseos de abrazarlo?

CAR. ¡Sí... pero á mi marido!

LUC. (Con el mayor asombro.) ¿Pero no es este?

CAR. ¿Pero tú con quien has hablado?

LUC. Con Carlos: con tu marido.

CARLOS Señora, Carlos soy yo.

LUC. (A punto de desfallecer.) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Entonces este caballero...!

CARLOS (Presentándolo.) Mi amigo Ernesto Tenorio.

CAR (Corriendo á su lado, amorosa.) ¿Luego no fuiste á la cita?

CARLOS ¡Yo qué había de ir!

LUC. (Sin salir de su asombro.) ¡No... fué este caballero!...

CAR. (A Lucía.) ¿No te lo dije? ¡Si es de lo más bueno!...

CARLOS ¿Pero quieres explicarme qué enredo es este?

CAR. (Cariñosa.) Por ahora confórmate con saber que te quiero más que nunca.

LUC. (Ruborizada.) ¡Y yo que lo tomé por tu mari-

do! ¡Y con las cosas que le dije!... ¡Qué juicio habrá formado este caballero de mí!

CAR. Ninguno, porque verás. (Haciendo la presentación.) Mi mejor amiga Lucía Tirado. Viuda. Creo que es bastante.

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS y PETRA

PET. (Al fondo.) Señorita: el almuerzo.

CAR. Que pongan otro cubierto.

CARLOS ¿Pero qué es lo que ha pasado aquí? ¿Quieres decirme?

CAR. En la mesa se aclarará el enigma. (Tomando el brazo de Carlos.) ¿Quiere usted ofrecer el brazo á Lucía?

ERN. (Ofreciéndoselo.) ¡Encantado!

LUC. (Sin atreverse á aceptarlo: ruborizada.) No sin antes suplicarle que olvide nuestra entrevista.

ERN. (Rendido y apasionado.) Eso me sería imposible.

CAR. (Invitándoles á que pasen.) Al comedor.

CARLOS (A Ernesto, al llegar junto á él.) ¿Y tú qué dices á esto?

ERN. ¿Yo?.. (Dirigiendo á Lucía una mirada apasionada.) Que abandono el tresillo.

LUC. (Al público.)

Si *La prueba* os ha gustado,
dadnos una prueba nueva
aplaudiendo con agrado
nuestra prueba.

TELON

OBRAS DE SEBASTIÁN ALONSO

La víspera, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

La Macarena, sainete lírico en un acto y cuatro cuadros. (Segunda edición.)

La virgen del Rocío, sainete lírico en un acto y tres cuadros.

El chalán, entremés en prosa. (Segunda edición.)

El contrabando, sainete en un acto. (Tercera edición.)

El contrabando, sainete lírico. (Tercera edición.)

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

El maestro Lamparilla, pasillo con música.

Alma gitana, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros.

Chicharra, zarzuela en un acto dividido en dos cuadros, en prosa, con un intermedio musical. (Segunda edición reformada.)

Agustina de Aragón, zarzuela en un acto y cuatro cuadros.

La prueba, juguete cómico en un acto.

Precio: UNA peseta